conduce rigorosamente al ateismo. En vez de estimular al progreso, hace retroceder la inteligencia hundiéndola en el escepticismo. En vano nos halagaria con la esperanza de hacernos vivir en el seno de la tolerancia, de la union y de la paz: no puede menos de producir el egoismo y la discordia.

Con todo, queremos repetir que no hay nada personal en esta discusion. Tenemos que juzgar de principios y de una teoría: nuestro deber es decir lo que pensamos; pero no imputamos sus consecuencias á los autores que las han emitido. Nos complacemos en reconocer, tal vez mejor que nadie, que la conciencia humana es un santuario impenetrable, cuyo único juez es Dios.

Ya se ha visto que la gran teoría de la soberanía de la razon humana, que nos parece resume la filosofía del siglo XIX, se funda en la necesidad de la creacion, en la identidad de la razon divina y de la razon humana, entre lo infinito y lo finito, y en la movilidad de la verdad proclamada con relacion al hombre esencialmente variable. Todos estos principios que le sirven de base, están además contenidos claramente en algunas líneas de los monumentos filosóficos de nuestra época. Permítasenos citarlas. "Lo infinito es la causa absoluta (1), que necesariamente crea y necesariamente se acrecienta: no se concibe unidad sin multiplicidad. La unidad, tomada aisladamente, la unidad indivisible, la unidad que queda en las profundidades de su ecsistencia absoluta, que no se convierte jamás en multiplicidad, en variedad, en pluralidad, es por sí misma como si no fuese." Y en otra parte (2) dice: "El movimiento interior de las fuerzas del mundo en su progreso necesario, produce de grado en grado y de reino en reino ese sér maravilloso, cuyo atributo fundamental es la conciencia; y en esta conciencia hemos encontrado los mismos elementos que bajo condiciones diferentes habiamos encontrado ya en la naturaleza y en Dios mismo. La condicion de la inteligencia es la diferencia, y no puede haber acto de conocimiento sino donde hay varios términos." En dictámen de otro autor (3), la Trinidad, el Verbo no son otra cosa que lo infinito; lo finito, incremento necesario de lo infinito y la relacion de los dos términos. Finalmente, la creacion no es, segun el pensamiento del señor Leroux (4), mas que la consecuencia inmediata de la ecsistencia del Criador. Réstanos probar el peligro de las consecuencias que se deducen rigorosamente de estos principios, y van derechas al ateismo.

No nos negamos á admitir que sea mas perfecto poder producir alguna cosa distinta de sí que no poderlo hacer, y que lo infinito es fecundo, es decir, poderoso para hacer ecsistir lo que no ecsistia. Pero sostener que Dios no podia manifestarse, y que la creacion es necesaria, es desconocer evidentemente en Dios todo acto de libertad, y negar toda suposicion de que hubiera podido continuar en su esfera de escentricidad si hubiera querido. Es no reconocer en él mas que una necesidad vaga, una fuerza oculta, sin razon, sin sabiduría y sin objeto, negarle la perfeccion cuya idea está obligada toda teoría filosófica á esplicar, así como á demostrarnos el objeto que á ella corresponde. En resúmen, es *el ateismo*. Sostener que Dios no podia manifestarse, y que la creacion es necesaria, es afirmar que el mundo era indispensable á la ecsistencia divina, que forma parte integrante de lo infinito: es negar á la sustancia divina una vida propia, destruir en Dios toda personalidad, y reconocerle únicamente como una abstraccion incomprensible para el pensamiento: en otros términos, es *la negacion de Dios*.

Vanos serian los esfuerzos para descubrirnos en la totalidad de los séres todos los atributos propios de la perfeccion divina, cuya idea tenemos. Dios concebido así no seria mas que la coleccion de las partes; y una agregacion de partes realmente distintas unas de otras, no podria ser esa unidad infinita de que tenemos idea. No hay esfuerzo que pueda sacar lo absoluto de lo continjente, ni la unidad de la pluralidad, sumada tantas veces como se quiera. Todo compuesto no puede ser el verdadero infinito: un solo sér que sin partes ecsistiese infinitamente, es mas perfecto; y tal es la grande idea que tenemos del infinito, que encierra todas las perfecciones en la simplicidad mas absoluta. Así, pues, suponer á Dios un ser colectivo, es anonadarle.

La negacion del infinito es tambien una consecuencia que se deduce rigorosamente de la identidad de la razon divina y de la razon humana, porque desde luego que se admite que los mismos elementos constituyen la una y la otra, se sigue que la razon divina que no tiene vida propia, crece progresivamente con la razon humana, y de consiguiente que la razon divina es incomprensible: que el infinito, que Dios no es. ¿Qué vista, por poco observadora que sea, no descubriria el ateismo mas claro en la teoría que llama á Dios simultáneamente *finito é infinito, eternidad y tiempo, naturaleza, humanidad* (1)? "La conclusion de esta confusion ¿no supondria que Dios está sujeto á todos los desórdenes, á todos los padecimientos y agitaciones de la especie humana? A esta idea se conmueve el corazon, y nos avergonzariamos de ser hombres, si no nos acordásemos que somos cristianos. Sí, sin duda el ateismo consiste en negar á Dios, y se cae en él sustituyendo al sér infinito las fuerzas ciegas de la naturaleza.

Tenemos que sacar la última consecuencia del principio de la verdad movil. "El entendimiento humano, se nos dice (2), no viaja de la verdad al error y del error á la verdad, sino de una verdad á otra, ó por mejor decir, de un aspecto á otro de la verdad. El principio de la movilidad de las cosas humanas está en la movilidad de las ideas de la inteligencia humana, que varían de un tiempo á otro y de un pais á otro: varían como el conocimiento humano, y el conocimiento humano crece y decrece." Debemos, pues, concluir, que no hay nociones

(1) Cousin, *Curso de* 1828.
(2) Id. lecc. 5 y 6.
(3) Damiron, *Ensayo acerca de la historia de la filosofia en el siglo XIX*.
(4) *Nueva enciclopedia*.

(1) El señor Cousin, pref. de los *fragm. filos*.
(2) El señor Jouffroy, art. de la Sorbona y de los filósofos.

invariables con respecto al hombre; luego no hay para la especie humana verdad fija, inmutable, á escepcion tal vez de algunas verdades matemáticas; luego en el mundo intelectual y sensible, en moral lo mismo que en metafísica, no hay puntos fijos y determinados para el hombre. Luego nos vemos rigorosamente obligados á deducir: que para la humanidad no hay Dios, porque podria muy bien sucesivamente considerarle como espíritu ó como materia, como materia y espíritu, como finito é infinito, como causa ó efecto; y ¿qué sabemos si como ser y no ser? En una palabra, esto es negar á Dios, á fuerza de querer considerar su nocion bajo incesantes transformaciones. Así este principio de la verdad móvil con respecto al hombre conduce al fatalismo, del que viene á ser juguete el destino humano.

No queremos mas pruebas que la continuacion de la esposicion de este sistema. "Los siglos, se dice, no son mas culpables de sus opiniones que los hombres de las opiniones de su siglo. Un siglo no es responsable ni de lo que es, ni de lo que piensa. Un siglo sale de otro, una opinion de otra; y si se acusa á este otro siglo y á esta otra opinion, se hallará que están inocentes de lo que han sido, y por consiguiente de lo que han producido (1)." Pero la nocion de fatalidad es tan opuesta á la de Dios, como la idea de tinieblas á la de luz. El principio de la verdad movil conduce rigorosamente al ateismo; con todo la imparcialidad que debe ser el carácter distintivo de todo escritor, nos impone el deber sagrado de declarar que el señor Jouffroy reconoce formalmente una nocion eterna de justicia, que la libertad está destinada á realizar. Pero descubrimos tan poca ligazon entre esta nocion y su gran principio de la verdad móvil, que no podemos esplicar la contradiccion por lo menos aparente que nos ha chocado.

Creemos haber demostrado suficientemente que las bases sobre que se funda la teoría de la soberanía de la razon humana, conducen al ateismo. La filosofía, orgullosa como otro Alejandro por algunas conquistas, quiere usurpar los títulos y derechos de la divinidad. El señor C. de Remusat pretende siempre para ella el lugar y la influencia suprema del culto y del altar. No ve la suerte futura de Francia mas que en el destino futuro de la filosofía, porque segun él habiendo muerto tradicion, autoridad, religion, dogma, fé, todo; la filosofía sola es capaz de reanimar los restos de la civilizacion. Y en un siglo en que la sociedad esperimenta una necesidad tan urjente de fé, ¡podrian los pueblos verse desheredados de la verdadera nocion del sér que es principio de aquella! Y despues que el racionalismo ha dejado un vacío tan grande en las inteligencias, ¡podrian estar amenazadas todavía en el fundamento de toda creencia! Y despues de no haber recojido mas que abatimiento y desesperacion de las vanas teorías que las habian seducido, ¡podrian todavía las naciones ir á mamar el olvido de Dios á los pechos de una advenediza que usurpase el lugar de su verdadera madre! Pero ¿quién no sabe que con el pensamiento del hombre sucede lo que con los otros productos de su actividad? La razon del hombre pasa: la de Dios queda. La religion sola tiene y puede tener el problema de nuestro destino. ¡Oh Dios! á quién se afirma queriendo negarle; *¡ó Sér de los séres!* á quien en vano intentan desconocer los que le deben la ecsistencia; ¡ó foco de luz! á quien inútilmente se trata de cubrir de tinieblas; ¡ó belleza siempre antigua y siempre nueva! dad á nuestra débil razon el apoyo que implora de vos, y á todos los corazones el puro amor.

Los pueblos cansados de vanos ídolos quieren á toda costa la verdad bajo todas sus formas; pero ante todo la verdad religiosa. Estos gritos tan sinceros nos hacen esperar que no vemos los dolores de la muerte, sino los del parto, en los males sin cuento de que las naciones son víctimas. La sociedad moderna tenia una necesidad urjente de dos cosas: de la fé para comunicar con Dios, y de la ciencia para comunicar con los hombres. Tales son los medios providenciales puestos en sus manos para disipar todas las nubes que vemos aun vagar en torno de nosotros. Cuenta la sociedad en su seno discípulos fervorosos, y tambien hombres grandes en las letras, la ciencias y la historia. El universo los contempla, y la religion ha escrito sus nombres sobre la columna de los siglos. Pero todo pensamiento que contradiga un pensamiento de Dios, es un error, y toda ciencia que se ponga en oposicion con la fé, en vez de adelantar retrocede. Tal es el peligro de las consecuencias que trae la teoría de la soberanía de la razon universal de la humanidad.

El hombre debe propender sin duda á progresar. Él refiere á Dios los homenajes de las criaturas insensibles y faltas de razon. Si su cuerpo se forma de elementos terrenos, su alma está hecha á semejanza de Dios y es capaz de poseerle. Su destino es conocerle, glorificarle y encaminarse á él. Entre Dios y el hombre se ha establecido una sociedad santa. La razon divina ilumina á éste con las ideas que le comunica, como el astro del dia ilumina el globo con los rayos que emanan de él. Fecunda sus pensamientos, y solicita la reaccion vital de una adhesion libre y del amor. Cuando se admite la accion de una Providencia y la restauracion del sér degradado y llamado por Cristo á la perfeccion, el progreso es inteligible. Pero si el hombre llega á tener por cadena de esclavitud la que le une á Dios, y la rompe; si no se quiere una Providencia que arreglándolo todo ordenada y sabiamente, y proporcionando los medios á los fines, llama el hombre á la vida racional moral y sobrenatural; si no se ve en él mas que una fuerza necesitada, indeterminada y ciega; ó bien si se le supone causa productora de la verdad por una elaboracion progresiva de sus facultades; entonces nos parece arbitrario el principio del incremento sucesivo intelectual y civilizador, y condenado á no producir mas que resultados puramente negativos, es decir, á hacer retroceder lejos de hacer adelantar

(1) *El Globo*, p. 54.

Decimos arbitrio, porque no puede demostrársenos por qué el hombre no está obligado á manifestar sus potencias sino una despues de otra, y por qué la perfeccion está para él al cabo de la carrera y no en el punto de partida. Decimos arbitrio, porque no podria esplicársenos la chocante desigualdad en el destino de las diversas edades de la humanidad, y probársenos que el hombre ha inventado el pensamiento y la palabra, promulgado las leyes de su razon, y creado las diferentes condiciones de la vida. Añadimos, condenado á hacer retroceder lejos de hacer adelantar; lo que á nuestro juicio no es el progreso, que consiste y debe consistir siempre en el incremento de la verdad y de su aplicacion bajo todos sus aspectos; porque en la hipótesis dada, el hombre sin Dios, sin infinito y sin tipo eterno del bien y de la belleza, no podria encontrar los elementos del progreso mas que en su propia naturaleza. Y ¿quién no sabe cuán encerrada está en estrechos límites? ¿Quién no sabe que es víctima de mil pasiones que la tiranizan, de necesidades que la sitian y de miserias que la asaltan? Si se nos objetasen los progresos conseguidos en la ciencia del cálculo, responderiamos primeramente que no es ese el progreso de que queremos hablar, pues le entendemos solamente de un incremento de la humanidad en todos sentidos, es decir, bajo el respecto intelectual, moral y social. Despues harémos observar que estos progresos resultan de la esencia misma de las ciencias ecsactas, en las que siendo toda proposicion la verdad absoluta, hemos adquirido irrevocablemente cada conquista; pero que no derivan de la ley de nuestra propia perfectibilidad, porque nosotros no podemos hacer lo que es ya. Y hé aquí como irresistiblemente nos vemos conducidos á levantarnos hácia el soberano, tipo de toda perfeccion, que es el fundamento sobre el cual debe trabajar la humanidad si quiere adelantar. Como la negacion de este soberano sér trae en pos de sí la de toda verdad, viene á ser una rémora para la humanidad, que se ve forzada á permanecer en la inaccion, y de allí á poco á andar hácia atrás. El solo progreso realizable para la humanidad, es aquel que tenga por tipo el divino modelo, cuya perfeccion es infinita, por medio de la union mas estrecha con el soberano bien, que únicamente puede encontrarse en el Sér Supremo, y por objeto el destino ulterior que la fé nos deja entrever.

Tal es la senda que ofrece el catolicismo á nuestra actividad. El entendimiento humano se ha abierto un camino nuevo sin saber muy bien á donde irá á parar. Despues de haber apurado los sistemas particulares, demasiado incompletos para dar razon de las cosas, le ha dominado la necesidad de una esplicacion mas comprensiva. En vez de continuar invocando la razon individual, ha aspirado á la perfectibilidad indefinida, y para eso ha proclamado en el siglo XIX la soberanía de la razon universal de la humanidad. Esta teoría filosófica puramente negativa, no podia menos de precipitarle en el escepticismo. Una consecuencia tan funesta, porque se opone á la naturaleza del hombre, y subversiva de todas sus relaciones, no puede menos de acusar el principio de erróneo.

Deduzcamos las consecuencias. Sentar principios que se destruyen recíprocamente, admitir esplicaciones de las cosas, diversas y contradictorias entre sí, y callar acerca de cuestiones importantes, es sin disputa confesar su impotencia y dar lugar á la duda, es precipitar la inteligencia humana en las profundidades del escepticismo mas cruel. Mas nosotros creemos haber demostrado con los testimonios inequívocos de la filosofía contemporánea, que la soberanía de la razon universal de la humanidad encierra la confusion de lo absoluto y de lo relativo, de lo necesario y de lo contingente, de lo eterno y de lo temporal, de la unidad y del múltiplo, del finito y del infinito, del móvil y del invariable. Estos términos son los mas contradictorios entre sí, porque son la espresion de las cosas mas opuestas; luego la teoría es errónea y no produce otra cosa que escepticismo. Nadie puede evadirse de él sino por medio del conocimiento de la verdad, que es el objeto propio de la razon del hombre y el fin hácia que debe propender todo progreso intelectual. Mas este sistema filosófico, que parecia querer esplicarlo todo y ser favorable al progreso, no es en el fondo sino una negacion perpétua y estéril de todas las cosas.

"Las cuestiones de orígen y de fin son insolubles, confiesa el señor Leroux: nos hallamos entre dos misterios." No puede esplicarnos la naturaleza del mal y el orígen de las religiones positivas, ni resolver los problemas que la idea de Dios, del hombre y del mundo nos presenta; y hasta se ve precisado á negar las nociones recibidas de verdad y de progreso. Niega la personalidad humana: el *yo* no es la sustancia, y no puede ser sino su forma sublime; de donde resulta que nuestro sér pensador no es mas que un accidente: que el finito es una apariencia, una ilusion, y que no tiene verdadera realidad. El mundo, en cuanto múltiplo no ecsiste; lejos de ser una realidad no es mas que un fantasma. Parecerá que no niega el infinito, y aun confesará que no tiene límites, que todo lo comprende, y que fuera de él no se concibe nada; pero al paso que lo afirma, desfigura de tal modo la nocion que tenemos de él, que no se puede confesar su ecsistencia real. Le niega la personalidad, la inteligencia, la voluntad, la libertad y la vida propia: no presenta en donde quiera sino séres finitos sin realidad, y uno absoluto, de quien no se puede afirmar ni negar nada. Pero ¿qué es absoluto? La confusion del objeto y del sugeto, del efecto y de la causa, del espíritu y de la materia: bajo el punto de vista de la identidad de la razon divina y de la razon humana, del finito y del infinito y de la verdad móvil, se desvanecen todas las distinciones. No subsiste ya idea de verdad, de religion, de deber, de bien y de mal: todas estas nociones van á sumerjirse en el abismo del escepticismo. En efecto, si la verdad cesa de presentarse al hombre bajo un carácter absoluto é inmutable como el sér, necesariamente se vestirá siempre de formas opuestas y contradictorias, á lo menos por relacion á él; luego el hombre no tendrá jamás la nocion real de la verdad.

No hay religion posible, porque ésta no es ni puede ser mas que la relacion del hombre á Dios; mas para que haya relacion, es preciso admitir dos términos realmente distintos, Dios y el hombre. Identificando la razon divina con la razon humana y por la absorcion del finito con el infinito se destruye un término; luego no pueden ecsistir relaciones. Entonces no hay ya religion, como tampoco ley ni deber. Con la nocion de personalidad negada á Dios se desvanece la idea de ley, y admitiendo la verdad móvil, desaparece todo pensamiento de deber, que no seria ya mas que una disposicion arbitraria del hombre. No hay distincion entre el bien y el mal, porque si todo es idéntico, no se distingue el vicio de la virtud. Bajo el reinado de la necesidad, la libertad es una quimera con que el hombre no seria responsable de sus actos, y así lo vemos confirmado con el testimonio ya citado del Sr. Jouffroy. Pero despues de haber negado todas las distinciones, ¿á qué conservar la de la identidad universal mientras que no podria concebirse y afirmarse sino por la distincion de la diversidad, que no ecsistiria ya en la hipótesis? Así todo huye, toda idea desaparece, todo va á anonadarse en el espantoso escepticismo: verdad, moral, ley, religion, deber. . . .

Si tales principios no trajesen el caos para dar muy pronto lugar á la nada, ¿no creeria uno que los veia fundar sobre la tierra el reinado de la fuerza y del egoismo, levantar horrible confusion de gemidos, de lágrimas y de suspiros, y presentar el triste espectáculo de los asesinatos y de la sangre? No dependiendo el hombre mas que de sí mismo, no quedando ya consuelo á la queja ni remordimientos al corazon, ¿á qué escesos no le arrastrarian sus impetuosas inclinaciones? Se verian el desenfreno y la lucha de todas las pasiones humanas, el mas débil oprimido por el fuerte, rotos todos los vínculos, la confusion en las familias, la anarquía en la sociedad y en el género humano como en un combate de gladiadores de donde saliesen mil clamores fúnebres, luchando con la muerte en un valle de desolacion y de horror. . . . . A esta vista no sabemos qué terror secreto se apodera de nuestra alma: estremécese y queda helada como si la hubiera tocado la mano yerta de la muerte. ¡O Dios! que el hombre os conozca y os ame, y detestará unas doctrinas propias para arrebatarle toda esperanza. No tememos en verdad que pueda acusársenos de ecsajeracion. Las consecuencias que acabamos de deducir, nos parecen esencialmente unidas á los principios, y á veces son la espresion de las obras modernas que ya hemos citado. Tales han sido los funestos resultados de los sistemas filosóficos que se han querido edificar fuera del cimiento ó en oposicion con la fé.

Consúltense el periodo griego, la edad media y la época racional; y no se echarán de ver mas que contradicciones manifiestas y ruines llevadas por las inundaciones del error y de los vicios. La India fué la cuna del panteismo antiguo, que se reflecta todo entero bajo diversas formas en la mayor parte de las obras de la filosofía moderna; y ya se sabe á qué estado de aberracion y flaqueza reduce el entendimiento humano. La escuela jónica nos ofrece un cosmologismo sensualista y materialista que sobrepuja á toda espresion.

Para demostrar los átomos, invocaba Demócrito la imposibilidad de una division á lo infinito; y de la imposibilidad de señalar un principio al tiempo, al espacio y á los movimientos, deducia su eternidad. Segun él, los átomos redondos de que se compone el alma, y que mueven el cuerpo, son unos átomos de fuego. Las diferentes agregaciones de átomos que constituyen el mundo, proyectan sin cesar á su rededor unas partículas sutiles que las representan. Estas fantasmas corporales, especies espresas de los objetos como se llamaron mas adelante, vienen á herir nuestros sentidos y á imprimirse en ellos, convirtiéndose tambien en especies impresas: de ahí primero la sensacion y luego el pensamiento. El fin de la ecsistencia se reducia para Demócrito á este precepto: Gozad de la vida: el medio conducente es la igualdad de genio.

La escuela itálica nos dá un cosmologismo idealista. Tendriamos que hablar de Pitágoras; pero llegamos á toda prisa á la escuela mista, á la que pertenece Diógenes de Apolonia en Creta, que consideraba el aire como el elemento fundamental de la naturaleza, y le daba los atributos divinos. A esta escuela ecléctica sucedió la escuela sofística, que profesó un escepticismo declarado. "Los dioses ¿son ó no son? Eso es lo que yo no puedo decir," escribia entonces Diágoras de Melos. La cosmología de lo pasado llegó á ser muy pronto una antropología para la ciencia. El movimiento de la filosofía socratica sustituyó la Providencia al destino en las creencias humanas, y el móvil positivo del amor al móvil negativo del temor.

Sin detenernos en la doctrina académica que nos proporcionaria la ocasion de esplanar el bello idealismo de la filosofía de Platon, llegamos al estoicismo. Su carácter fué un verdadero eclecticismo, que no niega nada sino que subordina solamente en su órden de dependencia racional las realidades de que se componen el hombre y el universo. Sabido es que el Sr. Cousin no reprende en esta doctrina mas que lo que él llama *su egoismo sublime*. Con todo, nos parece que no puede alabársela por haber admitido dos principios eternos, el uno pasivo ó la materia, y el otro activo ó Dios. El estoicismo reconocia la union de la Providencia y del destino en el mundo. Las tres escuelas cirenaica, peripatética y epicúrea, profesaron el sensualismo. No puede uno menos de asombrarse al oir á Aristóteles lejitimar la esclavitud y admitir la eternidad del mundo, reconociendo al mismo tiempo un Sér Supremo distinto del universo. En concepto de Epicuro, el placer es el soberano bien del hombre. Los dioses, segun él, se componian de átomos, y la figura mas perfecta era necesariamente la de los dioses.

La filosofía escolástica es la de la edad media, y consiste en el predominio del elemento religioso sobre todos los elementos humanos: á decir verdad, no es mas que una teología. Así es que ella sola